

# PERDEMOS PEÑALBA

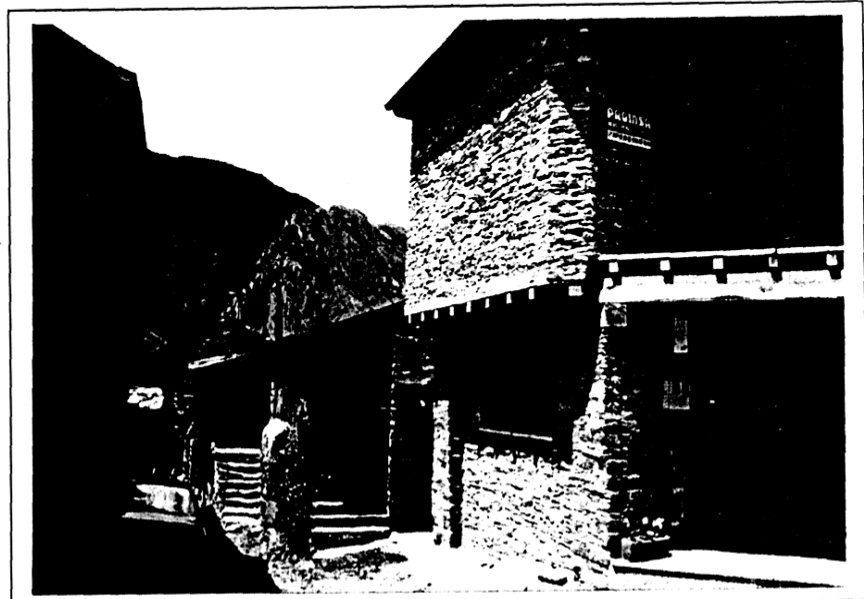
MIGUEL SOBRINO GONZÁLEZ.

*España es un país que ha sufrido, quizá como ningún otro del occidente europeo, la destrucción incruenta de sus antiguos núcleos urbanos. Los peores daños para el patrimonio histórico no fueron los de la guerra, sino los ocasionados durante los terribles años del desarrollismo en tiempos de la dictadura. La actual voluntad de preservar lo que nos queda de nuestros antiguos pueblos y ciudades está en nuestro país especialmente legitimada, pues aún hoy los especuladores y los técnicos que los secundan ejercen su nefasta actividad sobre ese patrimonio.*

*Pero no era necesario, para dejar bien evidente la actualidad del peligro, que esa corriente envenenada llegase hasta Peñalba de Santiago, la joya más pequeña, escondida y frágil de nuestro bagaje histórico.*

Algo perverso tiene que estar ocurriendo cuando una persona de treinta años, acostumbrada a ver y recorrer los pueblos y las ciudades de España, ha de estar continuamente hablando en pasado si quiere referir lo que conoció en el curso de sus viajes. Y no en un pasado debido a la pretérita fecha del viaje, sino a la razón, simple y macabra, de que lo que vio ya no existe. Se va sintiendo uno así como un viejo prematuro, como alguien que hubiese padecido guerras y hecatombes, alguien que narrase historias de pueblos y paisajes arrasados por alguna destrucción masiva de las que, cíclicamente, se ceban en el legado de la antigüedad.

Pero no es eso. Vuelve uno a un lugar que amó y en el que fue intelectual y sentimentalmente dichoso, un lugar donde la belleza provenía de la comunión insuperable entre la obra humana y la de la naturaleza, y encuentra que ha sido destruido no por un cataclismo, sino por la obstinada y hormiguil obra de la mezquina especulación, del palurdismo cerril del nuevo rico, de la vanidosa estulticia del restaurador de diseño. Llega el viajero al



Un chalet construido cerca de la Iglesia que no respeta ninguna de las características de la tradición constructiva: inclinación de cubierta, composición de fachada, volumen edificado, composición de huecos,...

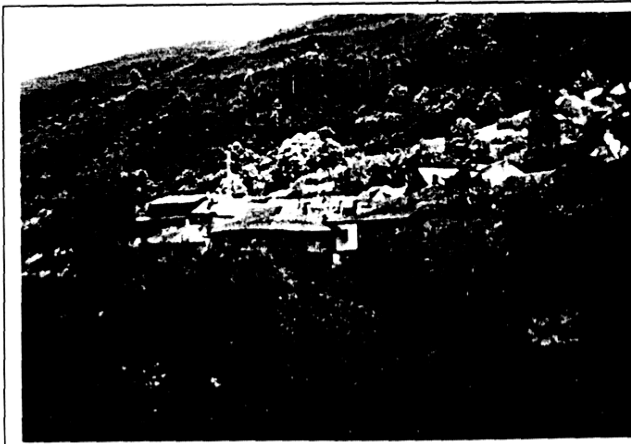
León: su joya escondida. Su iglesia mozárabe atraía a cierto público, que recorría respetuoso el templo y el pueblo que lo arropaba. Fue hace muy pocos años cuando estuve por última vez, pero aún entonces su esencia se mantenía incólume.

La iglesia de Santiago de Peñalba supera el milenio, pero han bastado estos pocos años para desbaratarlo todo. No hablo en el tono melindroso del esteta, que hace aspavientos ante un trozo de uralita o un gallinero de alambre, ni en el del fósil regresivo que quisiera ver los pue-

blos sin luz ni teléfono. Me refiero al hijo del pueblo que, enriquecido, se pavonea ante sus vecinos construyendo junto a la iglesia un chalé aborrecible, trazado por algún local arquitecto de chicha y nabo; a la ignorancia que induce a embadurnar de cemento gris las exquisitas mamposterías de pizarra; al afán neotípico de sustituir las recias balconadas de tablazón por cursis balaustres barnizados; a

la tiranía de la industrialización, que al mal gusto y a la desinformación añade el imponer modelos de cubierta de pizarra quizá apropiados para una urbanización residencial burguesa, pero aberrantes aplicados a la ruda belleza de la arquitectura berciana; a los flácidos criterios de quienes empedran el pueblo con resbaladizas lajas; al vecino miserable que intenta ganar un trozo de calle para sí extendiendo hormigón por ella...

A veces pienso en los exiliados, en los que se han visto expulsados de su país durante decenios y en lo que sentirán cuando, al volver, encuentran todo distinto. Creo que la imagen del hombre intentando en vano hallar los lugares que fueron escenarios de su vida, perdidos ya para siempre, puede ser una fiel representación de la desolación. No hace falta ahora el exilio o la guerra, pues, en estos tiempos de paz e incuria, si uno busca los enclaves que un día le conmovieron, es probable que en su lugar encuentre los restos deformes que de ellos quisieron dejar, para mayor escarnio, los inconscientes y los necios.



Vista general de Peñalba.

Las nuevas cubiertas se están haciendo con pizarra industrial e incorporando elementos inadecuados como las mansardas.

enclave sagrado, a lo que llevaba siglos inmutable y merecía seguir estándolo, y descubre que lo que vio y amó sólo existe ya en su recuerdo.

A Peñalba de Santiago lo llamaba yo "el centro del mundo". Como un Delfos medieval y humilde, enclavado, como el santuario griego, entre montañas sobrecogedoras. Peñalba era el lugar más delicado y valioso de

(Fotografías del autor)